

INGLOURIOUS BASTERDS.
UN COMENTARIO SOBRE LOS CAMBIOS
CONCOMITANTES EN LAS PRÁCTICAS
BÉLICAS Y EL ORDEN DE GÉNERO EN
EL OCCIDENTE CONTEMPORÁNEO
INGLOURIOUS BASTERDS.
A COMMENTARY ON CONCOMITANT
CHANGES IN WARFARE PRACTICES
AND THE GENDER ORDER IN THE
CONTEMPORARY WEST

Mariano MILLÁN¹

Fecha de recepción: 15/04/2025

Fecha de aceptación: 01/09/2025

1 Sociólogo. Profesor de la Carrera de Sociología la Universidad de Buenos Aires. Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con asiento en el Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani. Correo electrónico: marianomillan82@gmail.com

RESUMEN

Este ensayo analiza la relación entre el declive de las figuras heroicas en las representaciones sobre la guerra y las fisuras en la masculinidad hegemónica. Primero describe los cambios en la guerra, en las representaciones sobre la misma y sus protagonistas desde la Primera Guerra Mundial hasta la actualidad. Luego, revisa teorías sobre el papel estructurante de la guerra en las desigualdades de género y la construcción de la masculinidad dominante. Finalmente, argumenta que la desaparición de la guerra heroica influye en la evolución de las relaciones de género, marcadas por una mayor problematización.

Palabras clave: Guerra, Masculinidades, Heroísmo.

ABSTRACT

This essay analyzes the relationship between the decline of heroic figures in war representations and the fractures in hegemonic masculinity. First describes changes in war, its representations, and its protagonists from World War I to the present. Then, it reviews theories on the structuring role of war in gender inequalities and the construction of dominant masculinity. Finally, it argues that the disappearance of heroic war influences the evolution of gender relations, marked by increased problematization.

Keywords: War, Masculinities, Heroism.

Introducción

En este artículo exploramos posibles conexiones entre dos fenómenos macrosociales de los siglos XX y XXI: el declive de las figuras heroicas en las representaciones sociales sobre las guerras, y un aspecto de las transformaciones de las relaciones de género: las fisuras de la masculinidad hegemónica. Se trata de un ensayo argumentativo de sociología de la guerra, que se inscribe en el área de teoría dedicada a comprender la gravitación de lo bélico en el conjunto social. Este abordaje fue construido en base a lecturas de textos de varias disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades, como la antropología, la arqueología, la filosofía, la historia, las letras, la psicología y la sociología. Se recopilaron y analizaron evidencias y enfoques sobre lo bélico, sobre las representaciones sociales acerca de la guerra y sus protagonistas y sobre el lugar de esos elementos en los procesos de constitución de los géneros y el orden de género, tanto en obras clásicas de carácter general como en trabajos específicos sobre alguno o varios de estos temas. Nuestra hipótesis es que las mutaciones en las formas de la guerra, el rol de ésta y sus profesionales en la sociedad y las representaciones sobre lo bélico inciden en las recientes transformaciones de las relaciones de género en Occidente. Esta se sustenta sobre una presuposición: dado que la guerra es un factor clave en la constitución del género masculino, podemos suponer que los cambios en la guerra impactan en las relaciones de género.

Primero describimos los cambios bélicos y en las representaciones sobre la actividad militar desde la Gran Guerra hasta el presente. Luego repasamos las tesis sobre el carácter estructurante de la guerra para las relaciones desiguales de género y para la masculinidad hegemónica. Finalmente, fundamentamos la necesidad de considerar el declive de la guerra heroica como elemento interviniente en la problematización actual de las relaciones de género.

Las transformaciones en la guerra

Las guerras del siglo XX tuvieron incontables efectos sobre la historia social, política, económica y cultural. Movilizaron centenares de millones a los campos de batalla y a miles de millones a la producción para abastecer las máquinas de guerra. Derribaron imperios casi milenarios, nacieron naciones y regímenes novedosos que idearon soluciones extremas en tiempos de catástrofe. La escalada bélica arrojó una imagen de horror inédita. Después de 1945 la carrera armamentista en la era nuclear alimentó el temor por la supervivencia de la humanidad y el predominio de guerras proxy.

La sinergia entre las fuerzas morales de la modernidad, nacionalismo y ciudadanía, y las fuerzas materiales del capitalismo, desarrollo tecnológico y organizacional intensivo, aumentaron la escala de las guerras y sus repercusiones sobre la sociedad. La triple revolución industrial-política-militar de fines del siglo XVIII aceleró un proceso de casi 12.000 años: la creciente capacidad coercitiva de burocracias de mayor eficacia y profundidad, potenciadas por la ideologización centrífuga de la modernidad y por la movilización de la microsolidaridad (Malesevic, 2017). Las batallas se volvieron más largas y extensas espacialmente. También más peligrosas para los combatientes, ahora imposibilitados de escapar, debido a la mayor capacidad de vigilancia de los mandos y la magnitud de los teatros de operaciones, y expuestos a un inédito poder de fuego (Keegan, 2013).

En ese proceso de *longue durée* se observa que el heroísmo corre en paralelo con las prácticas bélicas. Guilaine y Zammit (2002) notaron que en las tumbas del Neolítico europeo las comunidades representaban a sus hombres notables con puñales y/o espadas. La identificación de las armas como marcador social reservado a los cuerpos masculinos no descarta la presencia de mujeres en los campos de batalla, sólo señala la construcción de un complejo de símbolos y jerarquías donde la guerra, monopolizada por determinados hombres, es una actividad fundamental. Aquellos hombres son los héroes, figuras culturales de gravitación difícil de exagerar.

En su reconstrucción del mito del héroe, Bauzá destaca varios elementos. El primero “*es el móvil ético de su acción orientada siempre a*

construir un mundo mejor” (1998, p. 7). Un rasgo que no aparece nítidamente, sino que en estas figuras se observa una “*mediación* entre lo divino y lo humano, entre el orden y el desorden, entre lo civilizado y lo salvaje [...] junto a los aspectos sublimes se encuentran otros brutales y destructivos” (p. 37), por lo cual “un rasgo definitorio de los héroes sería la *ambigüedad de su naturaleza* y [...] de sus acciones”. (p. 37). En la mitología greco-romana existen héroes que nacieron de la unión de una deidad y un mortal y otros plenamente humanos, que han “sobresalido a causa de sus virtudes guerreras [...] [logrado] trascender el aspecto humano y [...] superar la condición mortal [...] alcanzar la categoría heroica implica una suerte de *iniciación* en la que el combate ocupa un sitio de privilegio” (p. 19). También se cuentan los antiguos reyes fundadores de ciudades, donde la “*pléyade* legendaria de guerreros [...] ocupa un lugar muy destacado”. (p. 19). Según el especialista, Hércules es el paradigma del héroe antiguo. Así lo considera Séneca, para quien “Hércules [...] ha vencido el mal, ha abatido incluso las potencias infernales y, a través de su sufrimiento, ha alcanzado la apoteosis o transfiguración. De ese modo señala a los mortales la ruta de la inmortalidad”. (p. 100). Para Bauzá también resulta importante que muchas de las hazañas despiertan “la envidia de los dioses’, que necesariamente conlleva como castigo, las más de las veces, una muerte trágica”. (p. 118). En ese sentido, recupera la mirada de Eneas, para quien “*El dolor, la duda y una suerte de exilio existencial parecen ser [...] las notas más humanas del héroe clásico*”. (p. 130). Asimismo, recuerda el valor de las tesis de Joseph Campbell “el héroe simboliza nuestra habilidad para controlar el animal irracional que habita en nosotros”, lo valioso del héroe es que logra “*ponerse al servicio de los demás* [...] [su] defensa de los valores éticos, por los que se sacrifica y hasta llega a inmolarse” (p. 150).²

Por su parte, lo bélico fue tematizado por distintas corrientes sociológicas e historiográficas. La más influyente, que va desde Hintze (2004) hasta contemporáneos como Tilly (1992) o Giddens (2007), subraya la centralidad de la guerra para la constitución de los Estados. Kiernan (1983)

2 Todas las cursivas de este párrafo figuran en el original.

resaltó la importancia de la represión contra las clases trabajadoras en la conformación de los aparatos armados estatales. Sombart (1943) incluso afirmó que la guerra era la fuerza propulsora del capitalismo. En paralelo, desde Marx (2002) hasta Foucault (1992), la metáfora bélica ha servido para comprender la acumulación histórica del saber-poder. Respecto del rol simbólico, cultural e ideológico de lo bélico, para algunos filósofos de los siglos XVII al XIX, como Hobbes o Hegel, la guerra conducida por los Estados era un elemento de unidad colectiva (Fernández Vega, 2005). La Ilustración fue pacifista, pero sus seguidores esgrimieron una doctrina de la guerra justa durante las guerras de la Francia revolucionaria contra las monarquías europeas (Hobsbawm, 2002). En esas coordenadas se ubicaron los fundadores de la Sociología durante la Gran Guerra (Durkheim, 1989; Simmel, 2022; Weber, 1995).

Un dato ineludible es que desde la Batalla de las Termópilas hasta 1914 la mayoría de los gobernantes de Occidente se presentaron como líderes militares. La victoria bélica y la conquista representaban elementos cardinales de legitimación en el mundo greco-romano. En la Edad Media, la clase dominante nobiliaria eran familias militares. Esquemáticamente, su estatus dependía de su capacidad para organizar y dirigir una fuerza armada que garantizara la seguridad de los campesinos. Los reyes guerreros (o sus ancestros) se habían impuesto a otros nobles y conducían Estados agrícolas que, bajo la presión de la renta de la tierra, no tenían más opción que extender el territorio. El ascenso de la burguesía no concluyó la tradición imperial y el colonialismo se convirtió en un importante elemento de consenso (Hobsbawm, 2000). Las guerras dieron lugar a narrativas de heroísmo, a la elaboración colectiva de personajes célebres por su valentía, por su capacidad frente a grandes rivales o su intrepidez en lugares exóticos. En paralelo, la guerra era fundamental para la conformación de estructuras burocráticas estatales.

Este complejo guerra-representación-jerarquía comenzó a fracturarse con la Gran Guerra, que inauguró una crisis civilizatoria. Las condiciones de vida en las trincheras, los millones de muertos y mutilados, el hambre, las presiones del Estado para proseguir el sacrificio y los nuevos padecimientos psiquiátricos restaron legitimidad a la guerra. En las nuevas

batallas masivas, libradas en vastos terrenos alambrados, con artillería y ametralladoras, resultaron casi imposibles las acciones individuales de heroísmo. En ese conflicto:

el acto de matar se transforma en una operación mecánica [...] la muerte toma el carácter de una experiencia colectiva, anónima, y trivial. [...] el ‘soldado anónimo’ encarna, según Roger Caillois, el ‘fin de la guerra heroica’ [...] [se desecha el] sacrificio individual heroico en provecho de la hipótesis del holocausto colectivo. [...] la muerte en el campo de honor es reemplazada por la muerte en el matadero (Traverso, 2009: p. 166/7).

El planteo es sugerente, pero en la era de la *guerra total* no asistimos exactamente al final del heroísmo, sino a su metamorfosis en caudillos masivos. Algunos, como *el trabajador* de Jünger, son personificaciones de la cohesión anímica y material, conjunción de técnica moderna y comunitarismo de suelo y sangre en la lucha por la supervivencia de un “pueblo”. Otros, como *el príncipe moderno* de Gramsci, son organizaciones conscientes para la conducción de la lucha obrera por el poder. Un amplio abanico de actores elaboró estas figuras: los regímenes que profesaban el culto a la personalidad machacaban sobre la centralidad del partido (Figes, 2009), mientras el mito popular de la resistencia inspiraba a miles de individuos y pequeños grupos (entre otros Gildea, 2016). En un largo ciclo bélico, donde la población se convirtió en territorio y protagonista, el héroe colectivo amortiguaba el horror de la guerra.

Durante y tras la Segunda Guerra Mundial tomaron fuerza otras representaciones sobre los protagonistas de las guerras: el criminal, la víctima y, con elementos de ambas, el enfermo mental. Estas reconocen antecedentes en los tópicos del movimiento antibélico de la Primera Guerra Mundial, aunque para 1945 alcanzaron otra escala. En parte por el procesamiento jurídico internacional inaugurado en Nüremberg, por la elaboración de una memoria Estatal de la Segunda Guerra donde la atrocidad del Holocausto eclipsa fenómenos como la Resistencia y las revoluciones y/o por la extensión de estas representaciones en la industria cultural. Los vencedores regresaron a casa como héroes, pero su reinserción en la vida civil atravesó múltiples experiencias de alcoholismo, violencia de género

y problemas laborales. Recordamos que el padecimiento mental de los soldados en la Gran Guerra ha sido una de las materias primas para la constitución del psicoanálisis. Existen analogías entre la locura y el proceso psicológico de excombatientes que elaboran una respuesta al “recuerdo del infierno, el infierno del recuerdo”, que implica una ruptura de la continuidad temporal, “ellos no forman parte del mundo de los vivos [...] se sienten exiliados en nuestro mundo; ya no creen en nada, están fuera del tiempo” (Davoine y Gaudillière 2013: p. 200), como dijo un paciente: “yo morí en Amiens en 1918”. Este enfoque psicoanalítico enfrentó las aproximaciones biológicas y sus implicancias políticas: “Si realmente el cerebro estaba materialmente perturbado, el honor estaba a salvo; la cobardía no se cuestionaba, así como tampoco la incapacidad del mando” (p. 188).

Las figuras del criminal, la víctima y el enfermo mental adquirieron su forma clásica en la Guerra Fría. Los horrores vividos reforzaron los principios morales de la Ilustración, que fueron volcados en la Declaración Universal de los Derechos Humanos. A su vez, una confrontación directa entre las dos superpotencias nucleares ponía en riesgo la existencia de la humanidad, por lo que proliferaron las guerras “irregulares” en las periferias. En tercer lugar, las débilmente armadas insurgencias del Tercer Mundo vencieron ejércitos de las antiguas metrópolis y de los EE. UU. Frente a ello, desde los ‘50 se globalizaron prácticas no honorables (Ignatief, 1999): destruir o mudar forzosamente aldeas, espiar a la población, infiltrarse en organizaciones de la sociedad civil, secuestrar, torturar y hacer desaparecer personas indefensas al momento de su captura, realizar atentados, difundir noticias apócrifas o sabotear servicios públicos como el agua potable. Como reconoce Shimon Naveh, durante la Segunda Intifada:

los militares [israelíes] empezaron a pensar como criminales, como asesinos en serie: se les asignaba un área y ellos [...] estudiaban a las personas de las distintas organizaciones enemigas a las que tenían que matar, su apariencia, sus voces [...], sus hábitos [...]. Cuando entraban en el área asignada, sabían bien dónde buscar a estas personas y empezaban a asesinarlas. (Weizman, 2012: pp. 47/8).

Estas guerras suscitaron cuestionamientos en las metrópolis. En parte por la gravitación de las izquierdas en los '60, pero también por el estu- por que despertaba la amplia gama de afectados. Crecieron corrientes de opinión que consideran a las bajas como víctimas y a los estadistas y mandos militares como criminales o psicópatas, que ordenan acciones que enferman a sus perpetradores. Un ejemplo saliente es el de los Es- tados Unidos, donde en 2013 había al menos 500.000 veteranos de Irak diagnosticados con problemas de salud mental (Finkel, 2014).

Sin embargo, aquella deriva repudiada era calculada. El estudio de fracasos imperialistas como los de Argelia y Vietnam, entre otros, formó un corpus de conocimiento contrainsurgente que redefinió la táctica y la estrategia militar.

La asimetría de fuego impone un uso selectivo de la fuerza que excluye el enfrentamiento. Los insurgentes atacan sólo en situaciones donde pue- dan huir (de allí la acusación de cobardía) y los contrainsurgentes donde puedan intimidar. No se trata de librar batallas y demostrar sacrificio por la causa ante la población, sino de realizar acciones con la mejor relación costo-beneficio en términos técnico-militares.

En ese sentido, la contrainsurgencia articula aspectos “duros” y “blan- dos”, ninguno heroico. Los contrainsurgentes apenas reciben daños ma- teriales. Su acción se basa en datos de inteligencia de perfiles personales. La vigilancia, la captura, los tormentos, el asesinato y/o la desaparición no representan riesgos. Es una violencia unilateral, que se corresponde con el valor infrahumano asignado a sus enemigos: psicópatas, asesinos, criminales, monstruos, etc., enrolados en movimientos tildados como enfermedades mortales. Dada su debilidad, los insurgentes concentran el grueso de las bajas, que presentan en la figura heroica de mártires. La ventaja material obliga a la contrainsurgencia a un trabajo ideológico para desmarcarse del mote de criminal. La asimetría moral se ensancha en el Tercer Mundo, donde los insurgentes esgrimen sus mártires y los contrainsurgentes ensayan explicaciones sobre sus acciones en zonas distantes ante grupos pobremente armados.

Respecto del aspecto “blando” de la contrainsurgencia, vale señalar que desde la Guerra Fría los soldados de las potencias participaron de contadas

batallas. Sus tareas cotidianas son patrullar, acudir en eventos extremos, alertar frente a situaciones críticas, apuntalar líderes de la sociedad civil, asistir alimentaria, sanitaria y habitacionalmente y sólo ocasionalmente “buscar y destruir”. Su conducción en el terreno de una población de la cual deben aislar a los enemigos se fundamenta en datos de inteligencia (Bonavena y Nievas, 2012). Esta degradación policial de la actividad militar corre en paralelo con el uso intensivo de tecnología y software en el armamento, que creó una nueva generación de armas y de tácticas militares (AAVV, 2020) que disminuyen los requisitos sobre los infantes.

La lógica de la contrainsurgencia se consolidó con la unipolaridad, con la “guerra contra el terrorismo” encabezada por Estados Unidos y el surgimiento del ciberespacio. Los choques entre los norteamericanos y sus aliados y los insurgentes sunitas encapsulados en zonas remotas adoptaron la forma de atentados y campañas de pacificación. Los estadounidenses realizaron y promovieron enmiendas legales que mellaron garantías ciudadanas, mientras su ambición de una vigilancia masiva y personalizada de la población empoderó start-ups de Silicon Valley como Google y Amazon (Sadin, 2020). Con ello emergió un mercado de datos e instrumentos para incitar comportamientos: el capitalismo de la vigilancia (Zuboff, 2020).

La utilización de drones llevó estas tendencias al paroxismo. Según Chamayou (2016), no asistimos al combate, sino a la cacería, a un ejercicio unilateral de la violencia, porque quien recibe la carga no puede devolver el golpe. Los enemigos se convirtieron en presas. El empleo de estas armas, como el lawfare, es un observable del declive del heroísmo (Hasian, 2016).

Estas dinámicas cambian con la “paz” y sus dos paradojas. Organizaciones de la sociedad civil destinan para los contrainsurgentes los términos que ellos empleaban para sus enemigos. Son representaciones verosímiles. La contrainsurgencia propicia crímenes, potencia rasgos paranoides o sádicos de las personas, fortalece organizaciones estatales y para-estatales de profesionales de la violencia y prácticas de terrorismo estatal. Por otra parte, con la pacificación, que supone el desarme de uno de los bandos y su causa, asistimos a una memoria que recorta los vejámenes sufridos del conjunto de la experiencia de militancia insurgente. Con ello pasamos de los mártires a las víctimas.

Tales campañas de “pacificación” son recurrentes a lo largo de la historia (Davis Hanson, 2010). Sin embargo, antiguamente reportaban prestigio. ¿Qué cambió? Mencionamos algunos elementos. El llamado proceso de la civilización fortaleció nuestra sensibilidad frente a la violencia física (Elías, 1985). Las crisis de los grandes relatos y de las causas colectivas habilitan etiquetas de monstruosidad para los combatientes y cohíben preguntas por la lógica de sus acciones. Mientras los héroes inspiraban, protegían, vinculaban entre sí a los segmentos de la población y nos mostraban lo virtuosas que pueden ser las personas; los monstruos nos aterrorizan, nos enajenan de la comunidad y las historias sobre ellos refuerzan una antropología negativa conservadora. Asistimos también a transformaciones del trabajo y la subjetivación. Mientras que en “la modernidad los individuos humanos eran concebidos como productores/soldados [...] Bajo unas condiciones postmodernas los individuos humanos pasan a ser concebidos como consumidores/jugadores...” (Bauman, 2004: p. 30), condiciones que exacerban el individualismo moral. A su vez, en la posmodernidad asistimos a una productividad desgastante de nuestros vínculos (Byung-Chul Han, 2017) ¿Cómo pueden comprender estos sujetos la participación en nuevas actividades exigentes? El capitalismo de plataformas y la inteligencia artificial multiplican exponencialmente la incidencia de elementos no tangibles y naturalizan la necesidad de una entidad suprahumana que nos asista y dirija. Esta expropiación de sociabilidad y habilidades remarcan nuestra incapacidad y nos colocan en las antípodas de las figuras heroicas.

Guerra y género, y viceversa

Desde fines del siglo XIX las ciencias sociales han considerado que la diada violencia y honor era un operador central para describir y explicar la diferenciación de los géneros, inicialmente binarios, hoy entendidos como un espectro. Casi cien años después, Bourdieu indicaba:

La virilidad, entendida como capacidad reproductora, sexual y social, pero también como aptitud para el combate y para el ejercicio de la violencia [...] es fundamentalmente una carga. En oposición

a la mujer, cuyo honor, esencialmente negativo, sólo puede ser definido o perdido [...] el hombre «realmente hombre» es el que se siente obligado a estar a la altura de [...] incrementar su honor buscando la gloria y la distinción en la esfera pública. (2000: p. 39)

En la misma línea, el estudio sobre los patrones culturales de la masculinidad de Gilmore (1994) marca la recurrencia de la triada “preñar-proveer-proteger” donde, allende las diferencias de acentos según contextos, encontramos el ejercicio de la violencia en defensa del honor. En ello coincide Muchembled (2010), para quién, al igual que Pinker (2018), desde la Edad Media en Occidente asistimos a un prolongado proceso de declive de la violencia. Tributario de una concepción hidráulica, sostiene que una de las causas fue la canalización de la agresividad de los varones jóvenes en las fuerzas armadas, conformadas en ese proceso. En Inglaterra y Francia: “...la adquisición de un vasto Imperio en ultramar ha contribuido a su pacificación, orientando a una parte de sus representantes más turbulentos hacia la carrera militar o la instalación en las colonias.” (2010: p. 254). A pesar de su potencia empírica, su enfoque no diferencia entre agresión, violencia y violencia colectiva organizada. En un comentario sobre el presente afirma:

la civilización europea se libera de la presión directa de la guerra en su suelo [...]. De ello resulta una mutación solapada, pero decisiva, de la relación con la antigua ley de la fuerza, que se traduce en una verdadera revolución de los equilibrios entre las generaciones y los sexos, pues la recurrencia de los conflictos armados había permitido hasta entonces imponer sin discusión el poder masculino... (2010: p. 337)

Numerosas feministas resaltaron esta relación causal entre monopolio masculino de las armas y preeminencia social. Falquet hace hincapié en la socialización en las instituciones dedicadas al ejercicio de la violencia. El servicio militar permite:

reunir materialmente a los hombres y unirlos simbólicamente por medio de una ideología patriótica común altamente valorada [...] superar momentáneamente sus profundas diferencias de clase y de ‘raza’. [...] alrededor de un criterio somático preciso: son

potencialmente admitidos [...] siempre que hagan un esfuerzo de adaptación-simulación-conformidad durante algunos meses, todos los que llevan un pene [...] La exclusión radical y sistemática de las mujeres define en negativo la clase de los hombres [...] vuelve aceptable [...] [el] paso por la posición de ‘novatos’. [...] pueden aguantar un momento en lo más bajo de la clase de los hombres, porque saben [...] que todavía hay mucha gente debajo de ellos: el conjunto de las mujeres... (2017: pp. 79/80).

Osborne coincide: “La identificación entre virilidad, la exclusividad masculina en el acceso a las armas y el prestigio de la institución y el conocimiento que acarrea se verían resquebrajados por la presencia de las mujeres”. (2009: p. 171).

Por su parte, Miralles Crespo sostiene que la socialización en la institución militar produce una hipermasculinidad militarizada:

estas masculinidades requieren entrenamiento y preparación para reaccionar rápidamente de una forma agresiva sin sentir miedo ni ninguna emoción que los paralice. Este “entrenamiento” es un proceso de resocialización y aprendizaje de nuevas pautas que se lleva a cabo bien dentro de la institución militar –por los soldados– o a través del discurso político, mediático, educativo y en el núcleo familiar, lo que requiere la complicidad de la sociedad en su conjunto [...]

En la hipermasculinidad, que se caracteriza por atributos como la agresividad, la misoginia, la desvalorización de lo considerado femenino, la competitividad y la voluntad de dominación [...] la idea tradicional de virilidad se agudiza. [...] ofrece una salida a la frustración por no poder cumplir con el rol asignado (breadwinner, triunfador profesional) y permite adquirir de nuevo un estatus de poder, recuperar “el hombre”. [...]

El servicio militar no sería, pues, tanto un servicio al estado como la posibilidad de ser considerado dentro de la verdadera masculinidad [...]. Se consigue, pues, una asociación absoluta entre los valores militares y los rasgos propios del género masculino [...]

Es pues, la institución militar, quien define cuál es la masculinidad patriótica, la masculinidad “sana”. (2016: p. 15)

En suma, la exclusión de las mujeres del combate y de las organizaciones que lo llevan adelante es una herramienta para la preminencia masculina. En primer lugar, porque resocializa y da unidad a los varones, en segundo porque los coloca en un rango superior.

Una idea decimonónica, presente en los clásicos de las ciencias sociales, sostiene la tesis del predominio masculino a causa de su monopolio bélico, supuestamente detentado en virtud de un mejor equipamiento corporal. Estas ideas fueron problematizadas durante la última parte del siglo XX. Harris (1980) sostuvo que la exclusión de las mujeres de los campos de batalla no se debía a una menor capacidad física para ejercer la violencia, sino a la necesidad de preservar los cuerpos que gestan y garantizan la reproducción de soldados. Para Guilaine y Zammit (2002) se realiza un aumento de categoría mediante los rituales que tienen:

como objeto poner en evidencia las funciones masculinas: la defensa, la posibilidad gracias a las armas, de combatir y tener el poder sobre la tierra nutricia que se penetra con el arado como si se tratase de un acto sexual fundador. (p. 200).

Estos dos aportes resumen las grandes perspectivas sobre la incidencia de la guerra sobre el orden de género: una mirada organizacional y otra cultural. Sinisa Malesevic (2010) es el máximo exponente sociológico de la primera. Su elaboración comienza con el examen de las explicaciones sobre la exclusión casi universal de las mujeres del campo de batalla. Inicialmente descartó la causalidad biológica. Las diferencias entre los cuerpos masculinos y femeninos son pequeñas para explicar un fenómeno de tal magnitud. Los cuerpos masculinos tienen mayor potencia, clave para golpear con fuerza, pero los cuerpos femeninos tienen mejor resistencia muscular y tolerancia al dolor, fundamentales en la actividad militar. Sin embargo, es una búsqueda inconducente. La guerra no es un ejercicio de la violencia entre cuerpos, sino entre organizaciones sociales que movilizan y coordinan grupalmente cuerpos bajo los términos de estrategia y táctica, donde la victoria o la derrota no se desprende del nivel

de destrucción, sino de cómo cambia la voluntad cada bando en función de su lectura de esa destrucción.

Malesevic también cuestionó la tesis de la reproducción cultural, que sostiene la existencia de una mutua determinación entre los roles en la guerra y las posiciones en el orden de género. Los hombres son socializados para la agresividad con la idea, consciente o no, de que deberán defender al grupo. La diferencia en las capacidades marciales de hombres y mujeres se derivan del carácter reproductivo de las costumbres. Puesto que existe un abanico inconmensurable de culturas ¿cómo llegan a coincidir casi únicamente en la exclusión de las mujeres del campo de batalla? Es una pregunta válida, pero el enfoque de la reproducción cultural no se limita al combate, sino a la guerra como articuladora de relaciones sociales, que destina roles a las mujeres. Es un sesgo llamativo en un autor que ha cuestionado las definiciones de la violencia que se restringen al impacto físico sobre el cuerpo humano y brindó una propuesta sociológicamente muy productiva para comprender los contextos en los que se define qué es violencia, y las redes de relaciones, instituciones y burocracias que se movilizan para ejercerla.

Malesevic defiende la perspectiva organizacional. Desde el Neolítico las mujeres fueron excluidas de los campos de batalla con el propósito de proteger los cuerpos gestantes de soldados y mano de obra. Con ello se fundaron instituciones clave para el establecimiento de jerarquías, monopolizadas por hombres, que resultaron ser el núcleo de formas proto-estatales y estatales: jefaturas, ciudades-Estado, imperios, Estados dinásticos y Estados-nación. En una perspectiva neohintzeniana, la guerra es el operador para la creación de los Estados. Pero también se destaca su perspectiva de género: la guerra establece organizaciones que marcan la asimetría entre cuerpos masculinos y femeninos. Lógicamente, esta mirada no ofrece detalles de todos los eslabones en 12.000 años, pero tampoco brinda hipótesis sobre por qué estas relaciones no han cambiado, cuando las demás han experimentado sucesivas transformaciones.

Desde el punto de vista de la reproducción cultural, destacamos las miradas de Goldstein, Connell y Osborne. El primero desarrolló el concepto de sistema de guerra, entendido:

como las formas interrelacionadas en las cuales las sociedades se organizan a sí mismas para participar en guerras actuales y potenciales. [...] la guerra es menos una serie de eventos que un sistema con continuidad a través del tiempo. El sistema incluye, por ejemplo, el gasto militar y las actitudes sobre la guerra, además de las fuerzas militares permanentes y las que luchan actualmente. [...] una sociedad está sólo temporalmente en paz, mientras vive bajo la sombra de la guerra. (2001: p. 3)

Esta noción permite reunir numerosos fenómenos y preguntarnos por muchos otros. Como con tantas nociones amplias, corremos el riesgo de atribuir todo lo social a este aspecto. Sin embargo, su utilización apropiada potencia la comprensión de las continuidades entre la guerra y la paz, de las motivaciones para los esfuerzos en los campos de batalla, de la capacidad de construir y movilizar el consenso para las campañas bélicas, de la influencia de los modelos militares sobre numerosas prácticas e instituciones, etc.

El sistema de guerra es la fuerza que prepara continuamente a las sociedades para las contiendas, en todos los ámbitos. Goldstein señala que los modelos tradicionales de crianza binaria asignan roles de género basados en los papeles de hombres y mujeres en la guerra e inculcan habilidades y valores en consecuencia. Los hombres deben ser rudos, agresivos, capaces de ejercer la violencia, de reprimir sus emociones, de trabajar disciplinadamente en equipo en tareas que requieren un gran esfuerzo físico, de tener el valor de sacrificarse en favor del grupo. El imperativo fundamental es proteger a las mujeres, consideradas incapaces de defenderse por sí solas y, por ello, inferiores en la jerarquía. Por su parte, las mujeres deben ser tiernas, expresar sus sentimientos, estar a disposición de los hombres que las defienden y a cuidar de ellos cuando regresan de la batalla o de sus remedos en tiempos de paz, como el trabajo o el deporte competitivo. Las mujeres no pueden ejercer la violencia, pero deben honrar a los que lo hacen, sancionar a los varones que eluden su deber

militar y realizar tareas ajenas al campo de batalla: logística, salud, sostenimiento del consenso para la guerra o parir y cuidar futuros soldados.

El sistema de guerra también establece un conjunto de valores. La valentía se convierte en un atributo fundamental de la masculinidad y su demostración es la base de la figura del héroe, reservada para los que actuaron en los campos de batalla. Como todo valor, constituye una carga. La motivación también tiene una perspectiva de género: los soldados soportan la tarea para proteger a “sus” mujeres, por el prestigio en su comunidad, pero sobre todo por el desprestigio para su propia masculinidad que supondría rehusarse a la lucha militar, tanto frente a la comunidad, a sus compañeros de armas o ante las mujeres de su círculo íntimo: “La prueba de la hombría como valentía bajo fuego se superpone a otras motivaciones, en particular la cohesión del grupo primario y la creencia en la causa.” (Golstein, 2001: p. 274). Las mujeres cumplen un papel en la recreación de estos valores. Cuando vuelven “sus” hombres del frente, agradecen su sacrificio con ternura y les cuentan “lo que se dice” de los desertores. Reemplazan a sus maridos en el trabajo, organizan colectas, se enrolan como enfermeras, difunden el odio al enemigo y el castigo a los hombres que no participan de las hostilidades, a quienes degradan como “menos hombres” e insultan como “homosexuales”.

Para comprender la fuerza de estas figuras resulta útil el concepto de masculinidad hegemónica de Connell. Los varones no gozan todos en la misma medida de la preminencia masculina, incluso algunos son oprimidos por ese orden. Sólo pueden considerarse como privilegiados los hombres de clase alta o media-alta, “blancos”, heterosexuales, creyentes de la familia religiosa mayoritaria, adscriptos a las ideas políticas más aceptadas y portadores de una corporeidad verosímilmente atlética que, decimos nosotros, evoca la sombra de habilidades marciales.

La noción de masculinidad hegemónica suscitó usos y debates que exceden nuestros propósitos. Sólo indicamos el peso de lo militar en la construcción de una masculinidad clave para comprender la imposición de Occidente. Los monarcas europeos, sus grandes generales, sus marinos, sus aventureros coloniales, las personas rudas que viven en la frontera con las poblaciones nativas y luchan para correr ese límite son casi

exclusivamente hombres. Lo mismo quienes coordinan la retaguardia: administradores de la burocracia, banqueros, capitanes de la industria, científicos y técnicos. Estos personajes ocupan un lugar central en la narrativa de Occidente sobre sí, lo representan en el extranjero como un “universal” y reciben honor por ello. En segundo lugar, desde el siglo XX la industria cultural produce una panoplia de representaciones y héroes populares, que evocan la imposición de dichos europeos (y sus descendientes norteamericanos) sobre poblaciones y espacios geográficos, sus invenciones técnicas y sociales, así como sus temores y fantasías. Allende las excepciones de los últimos años, la abrumadora mayoría de los héroes de las películas, series, novelas, cómics, canciones, son hombres blancos de clase media o alta, heterosexuales y atléticos. A su vez, los grandes movimientos políticos del siglo XX, especialmente en tiempos de guerra, reforzaron los valores machistas en sus sociedades. Connell hace hincapié en el fascismo y el nazismo. En parte por la centralidad de lo militar, en otra por las características de la guerra total, que demandaba una enorme masa de recursos materiales, morales y humanos, las mujeres debían parir y criar a los futuros soldados y obreros, sostener el hogar para cuidar con ternura a los combatientes y trabajadores e inculcar esos valores. En sus antípodas, el comunismo leninista, uno de los proyectos políticos más igualitarios de la historia, también posee una impronta militar que produjo una aceptación de la preeminencia masculina en todo el siglo XX:

El bolchevismo salió de un tiempo [...] cuando la guerra irrumpió en la política y cambió su lenguaje y sus prácticas. [...]. Ese código genético del bolchevismo era visible en todas partes, de los textos a los lenguajes, de la iconografía a las canciones, de los símbolos a los rituales. Sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial y siguió alimentando los movimientos rebeldes de los años setenta [...] El movimiento comunista internacional se imaginó [...] como un ejército revolucionario formado por millones de combatientes, lo cual tuvo inevitablemente consecuencias en materia de [...] jerarquías de género. En un movimiento de guerreros, las mujeres dirigentes solo podían ser excepciones. (2022: pp. 551/2)

Estas cuestiones nos conducen a una tesis: aunque en el siglo XX la preminencia masculina en Occidente se afirma más fuertemente en la derecha política, el vector por el cual se realiza esa afirmación es la guerra. Por ello, no es casual ni paradójico que el socialismo, que alcanzó el poder en tiempos de guerra y por las armas, también haya presentado rasgos machistas. La clausura de muchas iniciativas de liberación sexual en la URSS desde mediados de la década de 1920 comenzó un proceso de reversión y control social, que alcanzó sus cotas máximas durante el estalinismo, cuando la narrativa de una inminente guerra defensiva contra las potencias capitalistas ocupaba un lugar central en la vida pública (Fitzpatrick, 2019, p. 27). Esto no implicó un retroceso a las relaciones entre los géneros en Occidente. Los soviéticos fueron el único contendiente de la Segunda Guerra Mundial que empleó masivamente a mujeres en combate. Cuatro millones se destacaron como aviadoras, banderilleras, francotiradoras y guerrilleras. No obstante, las memorias femeninas se caracterizan por un registro sensible de la cotidianeidad imposible en los hombres:

Todo lo que sabemos de la guerra, lo sabemos por la «voz masculina». [...] Las mujeres mientras tanto guardan silencio [...] incluso las que estuvieron en la guerra. Y si de pronto se ponen a recordar [...] Se adaptan al canon. Tan solo en casa, después de verter algunas lágrimas en compañía de sus amigas de armas, [...] comienzan a hablar de su guerra [...] desconocida para todos nosotros. [...] Los relatos de las mujeres son diferentes [...] La guerra femenina tiene sus colores, sus olores, su iluminación y su espacio [...] no hay héroes ni hazañas increíbles [...] hay seres humanos involucrados en una tarea inhumana [...] no solo sufren las personas, sino la tierra, los pájaros, los árboles. (Alexeievich, 2015, p. 11)

En cuanto a la intensidad de los sentimientos, de la percepción del dolor, la memoria bélica de las mujeres posee una «luminosidad» extraordinaria. [...] Los hombres se ocultan detrás de la Historia, detrás de los hechos [...] mientras que las mujeres están a expensas de los sentimientos [...] Sus recuerdos son distintos,

su forma de recordar es distinta. Son capaces de ver aquello que para los hombres está oculto. (p. 25)

Por otra parte, Osborne subraya que el monopolio de la guerra y la heroización son pilares de la preminencia masculina: “Las mujeres están atrapadas en la inmanencia mientras que los varones pueden luchar heroicamente por la trascendencia, por la gloria personal que viene con el sacrificio y el valor (adscritos al guerrero).” (2009: p. 162) “... el heroísmo aparece como el supremo rol masculino en un espacio que [...] tiene que ser sólo masculino y consagrar la división radical de roles.” (p. 162). Al igual que Goldstein, recuerda que las mujeres participan del esfuerzo bélico:

la masculinidad de la guerra es en buena parte un mito [...] Si los varones fueran tan intrínsecamente agresivos no harían falta los reclutamientos, ni héroes estilo macho ni el entrenamiento en la misoginia [...] también es cierto que estos mismos rasgos ‘femeninos’ han servido para apoyar la guerra. [...] el ‘universal’ pacifismo femenino es tan mítico como la ‘universal’ agresividad masculina. (2009: p. 167)

La participación femenina no implica igualación. El análisis de la guerra con perspectiva de género muestra:

de qué manera [las mujeres] son oprimidas y explotadas utilizando sus cuerpos, su sexualidad y su capacidad reproductora. La guerra ahonda las profundas divisiones sexuales y legitima la violencia machista [...] [eleva] la autoridad de los hombres... (Osborne, 2009: p. 168)

Las mujeres fueron incluidas en las instituciones militares, aunque asociadas al cuidado: enfermeras, cocineras e incluso prostitutas. La insurgencia marxista y varios estados socialistas las incluyeron como combatientes. En los últimos años numerosos Estados incrementaron su participación en sus fuerzas armadas y afirmaron tolerar minorías sexuales y disidencias sexo-genéricas. Sin embargo, la exclusión de las mujeres del combate sigue siendo casi universal, incluso en Israel y EE. UU., donde vigilan e interrogan prisioneros. Esta “inclusión”, se ha dicho, tiene mucho de “purplewashing” y “pinkwashing” (Miralles Crespo, 2016).

Las mutaciones de lo bélico y sus representaciones impactaron en las mujeres. Uno de los aspectos que despertaron interés académico y estu-
por moral es el de las violaciones en contextos de guerra, que ingresaron
a la agenda global durante los '90 a partir del conflicto en Los Balcanes
(Osborne, 2009, p. 180). Munkler (2005) sostuvo que estos ataques des-
truyen el vínculo comunitario, porque marcan los cuerpos femeninos
con la humillación y mancilla el honor de los hombres programados
culturalmente para protegerlas. Recientemente Zoja (2023) defendió la
tesis del centaurismo: las violaciones en manada, más recurrentes en los
conflictos bélicos, son acciones de hombres en crisis civilizatorias, donde
emerge una fuerza bestial natural que sólo es refrenada por las institu-
ciones. Aunque estos ataques abundan en las instituciones, es lúcida la
indicación de que no es un fenómeno meramente instrumental.

Tomemos el caso de las violaciones de la tropa soviética en Alemania
durante 1945. Según Jones no se trató de un fenómeno generalizado, aun-
que sí exagerado. Burnhill Pomsell, secretaria de Goebbels decía: “Las
noticias sobre las atrocidades del Ejército Rojo siempre se multiplicaban
en nuestras oficinas. Si habían violado a tres mujeres, nosotros hacíamos
que fueran diez.” (Jones, 2012, p. 233). Merridale, totalmente libre de
simpatía por la URSS, señala que las violaciones preocupaban a las auto-
ridades por su efecto sobre la disciplina: “el Ejército Rojo incluso llegó a
presenciar ejecuciones por violación” (2006, pp. 643/4).

La centralidad de las violaciones se inscribe en la relevancia de las fi-
guras del criminal, las víctimas y el padecimiento mental. Así como se ha
marcado la difuminación de los lindes espaciotemporales de las guerras,
Segato (2014) sostuvo que su nueva territorialidad son los cuerpos de las
mujeres. Las violaciones y femicidios en las contiendas actuales se com-
prenden mejor cuando los codificamos como mensajes entre los bandos.

Esta mirada conjuga la primacía masculina en la guerra con las mutacio-
nes de las conflagraciones. Sin embargo, no pondera algunos aspectos. Las
tasas de asesinatos presentan diferencias sustanciales entre la población
masculina y femenina, que se agigantan en zonas de conflicto. A su vez, la
escritura sobre cuerpos señalada para las mujeres asesinadas con horripí-
lante creatividad en México ha resultado habitual para los hombres. Los

cuerpos por donde pasa la guerra no son fundamentalmente los femeninos, sino también los femeninos. Esto nos conduce otra cuestión: ¿las mujeres sólo participan de las guerras contemporáneas como víctimas? ¿no existen mujeres en la insurgencia, en la contrainsurgencia, en los Estados mayores de la narcocriminalidad, entre las autoridades de los Estados?

Palabras finales: la marca del declive de la guerra heroica sobre el orden de género

En las páginas precedentes recorrimos la historia de la guerra y sus representaciones sociales. Luego desplegamos elementos de la teoría social sobre la incidencia de la guerra, sus instituciones y representaciones en la constitución del orden de los géneros.

Nuestra sugerencia teórica es que una adecuada comprensión de las recientes transformaciones en las relaciones entre los géneros, con la emergencia de numerosos cuestionamientos a las desigualdades, requiere considerar el declive del heroísmo en la guerra, que mella las posiciones sociales de la masculinidad hegemónica.

Estas transformaciones coexisten con otras de la producción, que redefinieron la espacialidad con la emergencia de una nueva dimensión intangible: el ciberespacio. También, que el recurso bélico fue y es cuestionado por distintos movimientos sociales. A su vez, desde 1945 las guerras generalmente dejaron de ser experiencias masivas, algo en lo que coinciden con las diversificaciones de la producción capitalista. Ambas tendencias invitan a pensar conexiones entre biopolítica, demografía y las relaciones de género: si la guerra ya no es heroica y no se necesitan millones de soldados y obreros, es lógico que las figuras masculinas que las protagonizan pierdan relevancia, que sea más leve la presión por la reproducción biológica de cuerpos humanos y, por ello, la dureza de las normas que rigen los géneros y la sujeción de las mujeres. Naturalmente, estos factores se combinan con las luchas de los feminismos y disidencias. Sin embargo, creemos que el trasfondo esbozado ayuda a pensar sobre las condiciones donde se desarrollaron tales movimientos sociales.

Bibliografía

- AAVV (2020). *Usos militares de la inteligencia artificial, la automatización y la robótica (IAA&R)*. Ministerio de Defensa.
- Alexievich, S. (2015). *La guerra no tiene rostro de mujer*. Debate.
- Bauman, Z. (2004). El eterno retorno de la violencia. En J. Beriaín (ed.). *Modernidad y violencia colectiva* (pp. 17-48). CIS.
- Bauzá, H. (1998). *El mito del héroe. Morfología y semántica de la figura heroica*. FCE.
- Bonavena, P. y Nievas, F. (2012) La guerra contrainsurgente de hoy. *Pa-carina del Sur* 10, 1-25.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Chamayou, G. (2016). *Teoría del dron*. Futuro Anterior.
- Connell, R.W. (2003). *Masculinidades*. UNAM.
- Davies, A. (2004). *Mujeres, raza y clase*. Akal.
- Davoine, F. y Gaudellière, J. (2013). *Historia y trauma. La locura de las guerras*. FCE.
- Durkheim, E. (1989). Alemania por encima de todo. La mentalidad alemana y la guerra. *REIS*, 45, 199-228.
- Elías, N. (1985). *El proceso de la civilización*. FCE.
- Falquet, J. (2017). Más allá de las lágrimas de los hombres: la institución del servicio militar en Turquía. En J. Falquet, *Pax neoliberalia. Perspectivas feministas sobre (la reorganización de) la violencia contra las mujeres* (pp. 61-82). Madreselva.
- Fernández Vega, J. (2005). *Las guerras de la política. Clausewitz de Maquiavelo a Perú*. Edhasa.
- Figes, O. (2009). *Los que susurran. La represión en la Rusia de Stalin*. Edhasa.
- Finkel, D. (2014). *Gracias por sus servicios. El retorno de los soldados*. Crítica.
- Fitzpatrick, S. (2019). *La vida cotidiana durante el estalinismo*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1992). *Genealogía del racismo*. La Piqueta.
- Giddens, A. (2007). Estados nacionales y violencia. *Relaciones Internacionales*, 5, 1-21.

- Gildea, R. (2016). *Combatientes en la sombra. Una historia definitiva de la resistencia francesa*. Taurus.
- Gilmore, D. (1994). *Hacerse hombre. Concepciones culturales sobre la masculinidad*. Paidós.
- Goldstein, J. (2001). *War and gender*. Cambridge University Press.
- Guilaine, Jean y Zammit, Jean (2002). *El camino de la guerra. La violencia en la prehistoria*. Ariel.
- Han, B. (2017). *La sociedad del cansancio*. Herder.
- Hanson, V. D. (2010). *Guerra. El origen de todo*. Turner Noema.
- Harris, M. (1980). La guerra primitiva. En M. Harris, *Vacas, cerdos, guerras y brujas. Los enigmas de la cultura* (pp. 41-54). Alianza.
- Hasian, M. (2016). *Drone warfare and lawfare in a Post-Heroic Age*. The Alabama University Press.
- Hintze, O. (2004). Organización militar y organización del Estado. En J. Beriaín, (ed.), *Modernidad y violencia colectiva* (pp. 225-250). CIS.
- Hobsbwam, E. (2002). *La era de la Revolución*. Crítica.
- Hobsbwam, E. (2000). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Crítica.
- Ignatieff, M. (1999). *El honor del guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna*. Taurus.
- Jones, M. (2012). *El trasfondo humano de la guerra*. Crítica.
- Keegan, J. (2013). *El rostro de la batalla*. Turner Noema.
- Kiernan, V. (1983). Mercenarios extranjeros y monarquía absoluta. En T. Aston (comp.), *Crisis en Europa – 1560 – 1660*, (pp. 130-154). Alianza.
- Malesevic, S. (2010). *The sociology of war and violence*. Cambridge University Press.
- Malesevic, S. (2017). *El auge de la brutalidad organizada. Una sociología histórica de la violencia*. PUV.
- Marx, K. (2002). *El Capital. Tomo I. Vols. 1, 2 y 3*. Siglo XXI.
- Miralles Crespo, N. (2016). *Género y cultura militar*. Centre Delàs d'Estudis per la Pau.
- Muchembled, R. (2010). *Una historia de la violencia*. Paidós.
- Munkler, H. (2005). *Viejas y nuevas guerras*. Siglo XXI.

- Osborne, R. (2009). Mujeres, guerra y violencia de género. En R. Osborne, *Apuntes sobre violencia de género* (pp. 161-187). Bellaterra.
- Pinker, S. (2018). *Los ángeles que llevamos dentro. El declive de la violencia y sus implicaciones*. Paidós.
- Sadin, E. (2020). *La siliconización del mundo*. Caja Negra.
- Segato, R. (2014). *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*. Pez en el árbol.
- Simmel, G. (2022). *Sobre la guerra y la vida. Escritos belicistas*. Las Cuarenta.
- Sombart, W. (1943). *Guerra y capitalismo*. Summa.
- Tilly, Ch. (1992). *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990*. Alianza.
- Traverso, E. (2009). *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*. Prometeo.
- Traverso, E. (2022). *Revolución. Una historia intelectual*. FCE.
- Weber, M. (1995). *Biografía de Max Weber*. FCE.
- Weizman, E. (2012). *A través de los muros. Cómo el ejército israelí se apropió de la teoría crítica postmoderna y reinventó la guerra urbana*. Errata Naturae.
- Zoja, L. (2023). *Centauros. En los orígenes de la violencia masculina*. FCE.
- Zuboff, S. (2020). *La era del capitalismo de la vigilancia*. Paidós.

